



TRIUNFO,
DE LA SANTA CRUZ.

sus queridos hijos. Así los tesoros de la Iglesia, que con tanta profusión han derramado los sumos pontífices en favor de los cofrades del escapulario, como la parte que tiene cada uno de ellos en las oraciones y en las buenas obras de la cofradía, y de la religión del Carmelo, contribuye mucho al alivio y mas pronta libertad de los cofrades. Es cierto que la Santísima Virgen á ningún alma sacará nunca del infierno; pero tiene muchos medios para hacer que el pecador no muera en la impenitencia final, como una falsa confianza no sea causa de que se conserven en pecado los falsos devotos de Maria.

Acerca de la aparicion de la santísima Virgen al papa Juan XXII para hacerle saber las indulgencias que á favor de los individuos de la órden de los Carmelitas y de los que por su devocion entrasen en su cofradía y trajesen su escapulario, habia alcanzado de su Hijo Jesucristo, las cuales promulgó aquel pontífice el día 3 de marzo del año 1322, en la bula llamada Sabatina, en la cual se declara la promesa que hizo la Madre de Dios, de bajar los sábados al purgatorio á sacar de allí á los que en vida la sirvieron con el culto establecido por los Carmelitas; llegaron á dudar algunos de su autenticidad, hasta el punto de promoverse reyertas en la cristiana república; á las cuales puso fin Paulo V en un decreto alabado por los mismos contrarios, que dudaban de la verdad de la bula. En este decreto se permite y se autoriza a los padres Carmelitas predicar que el pueblo cristiano piadosamente puede erer el eficaz auxilio que á los religiosos y cofrades de la órden de los Carmelitas que guardando todo lo que están obligados muriesen en gracia de Dios, promete dar despues de su muerte la Virgen Maria con su continua intercesion y sufragos y méritos y especial patrocinio, especialmente en el sábado, dia que á su culto tiene consagrado la Iglesia.

Aprobó la festividad del santo escapulario primero Sixto V para el órden de los Carmelitas el año 1587, y Paulo V por decreto de la congregacion de Ritos añadió á su oficio lecciones nuevas. Luego despues se estendió esta solemnidad á algunas provincias y reinos, hasta haberse hecho general en la Iglesia por decreto de Benedicto XIII.

EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ.

SIEMPRE ha mostrado Dios su bondad y omnipotencia en favor de aquellos que con sumision y corazon puro adoran su santo nombre. Los israelitas, aquel pueblo elegido de Dios entre todas las naciones, vieron muchas veces el poderoso auxilio de

este Señor, que con repetidos prodigios hacia ver á las naciones que era Dios de los ejércitos, y Dios de las venganzas. Pero entre todas las naciones del mundo, así como apenas hay una que haya padecido tan continuas y tan sangrientas persecuciones de bárbaros como la nación española, así también es dificultoso que haya otra en quien se haya manifestado el brazo de Dios, ni más benéfico para los suyos, ni más terrible para los enemigos de su santa religión y adorable nombre. Entre los muchos ejemplares que puede producir España en confirmación de esta verdad, merece un lugar muy distinguido en la memoria y estimación de los españoles, el que dió ocasión á la solemnidad de este día: solemnidad que llena de regocijo á toda España, y ensalza la gloria de aquel árbol sagrado en que se obró la redención del humano linaje. Su historia, según consta de los monumentos antiguos de mayor veracidad, es como se sigue.

Por los años del Señor de 1210. estaban las cosas de España dispuestas de tal manera, que dos reyes de los principales que dominaban en ella, el uno moro, llamado Mahomad, y el otro cristiano, llamado D. Alfonso VIII, rey de Castilla, pensaban á un mismo tiempo la total destrucción de sus respectivos contrarios. El moro, insolente con los buenos sucesos que en los años anteriores le habían proporcionado la discordia de los príncipes cristianos y su muchedumbre, creía estar en proporción de sojuzgar á toda España, esclavizar á sus moradores, y desterrar de entre ellos hasta la memoria de la santa Cruz, y del que padeció en ella muerte afrentosa por la redención del género humano. Juntaba para este efecto numerosas huestes, haciendo venir de Africa gran número de peones y caballos, y haciendo todas las provisiones que se requerían para una de las más atrevidas y locas empresas. El rey de Castilla por su parte, habiendo ajustado paces entre todos los príncipes cristianos, estaba persuadido á que era la sazón más oportuna de convertir unánimemente todos sus esfuerzos contra una nación bárbara, que amenazaba continuamente con la extirpación del nombre cristiano. Se lisonjaba de que esta operación bien dirigida pondría en sus manos el dominio de toda aquella parte de España que poseían los moros, y de que estos se verían precisados á salvar sus vidas huyendo á Africa como á único asilo.

Adoptado este pensamiento, que comunicó con todos los grandes de su reino, así eclesiásticos como seculares, de quienes fué aprobado, dirigió sus esmeros á prevenir todo lo necesario para tan grande empresa. A la verdad, que de su feliz éxito pendía en gran parte la ventura de toda la cristiandad, y por lo mismo

apenas había príncipe en Europa, á quien no se le debiese considerar como interesado. Era lo también el sumo pontífice, como padre y pastor universal del rebaño de Jesucristo, á cuya vigilancia y desvelo pertenecen iguales oficios en lo espiritual, que á los príncipes soberanos en orden á las cosas temporales y á las armas. Para negociar con el santo padre los beneficios espirituales de una cruzada para todos los que militasen en aquella grande expedición, envió el rey de Castilla á Roma al obispo de Segovia; Gerardo. El arzobispo de Toledo, D. Rodrigo, fué enviado igualmente á Francia, para solicitar con los príncipes y caballeros poderosos, que concurriesen por su parte á una guerra en que tanto interesaba la religión. Estas diligencias surtieron todos los efectos que podían desearse. El sumo pontífice, que á la sazón era Inocencio III, no solamente concedió á los que fuesen á pelear contra los moros todas las gracias é indulgencias acostumbradas en aquellos tiempos con los que se alistaban para la conquista de la Tierra Santa, sino que además hizo publicar por toda la cristiandad las amenazas y blasfemias que contra la santa Cruz había proferido el rey bárbaro, exhortando á todos los fieles á que procurasen implorar el auxilio divino por medio de oraciones y santas obras. En la ciudad de Roma se hicieron devotas y solemnísimas procesiones, á que concurrió el santo padre descalzos los pies, incitando con su ejemplo á que todos los cristianos multiplicasen los ejercicios de penitencia en satisfacción de sus culpas, para hacer así que fuesen más poderosas con el cielo sus plegarias. Lo practicado en Roma se difundió fácilmente por las provincias del cristianismo, y dió nuevo valor á las negociaciones del arzobispo D. Rodrigo. De todas partes se alistaron príncipes y grandes señores, que con mucha gente de á pié y de á caballo se pusieron en marcha para el ejército del rey de Castilla. D. Alonso entre tanto hizo que en su reino se imitasen las cristianas diligencias que se habían practicado en Roma. En todos los pueblos y ciudades se hicieron rogativas públicas y procesiones de penitencia, implorando el auxilio de aquel gran Dios que favorece á los que confían en él, y castiga á los que fiados en sus fuerzas ultrajan su santo nombre. Al mismo tiempo que procuraba el favor del cielo, no se descuidó de juntar grandes almacenes de armas y de vituallas, y de cuanto su prudencia contempló necesario, para que un ejército tan numeroso estuviese perfectamente abastecido.

Los reyes de Navarra y Aragon se señalaron entre todos por el gran número de gente, y la grande actividad que pusieron en esta empresa, como á quienes tan de cerca les pertenecían

sus buenos ó malos efectos; pues segun por todas partes publicaba el arzobispo D. Rodrigo, el rey moro habia jurado con gran soberbia, que á cuantos adoraban la Cruz por todo el ámbito del mundo habia de perseguir con guerra y muerte hasta el último estermínio. El número de soldados que vinieron de las naciones extranjeras, ascendia como á doce mil caballos y cincuenta mil infantes. Portugal, sin embargo de haber muerto por este tiempo el rey D. Sancho, y haberse alterado algun tanto las disposiciones que habia para esta guerra sagrada, envió un número considerable de gente, parte de órden de D. Alonso II, que habia sucedido en el reino, y parte de soldados voluntarios, que no querian privarse del grande mérito de pelear por la defensa de la religion de Jesucristo. Era el punto de reunion la ciudad de Toledo, en cuyos contornos dispuso el rey D. Alonso los alojamientos necesarios para la comodidad y buena asistencia de ejércitos tan numerosos. Señaló á todos el rey D. Alonso el sueldo competente, segun sus graduaciones militares, y mandó se les asistiese con las vituallas que necesitasen, para lo cual habia grandes repuestos en muchos almacenes. Estando en esta disposicion, llegó el rey de Aragon D. Pedro con veinte mil infantes, y tres mil y quinientos caballos, y fué recibido en el día de la santísima Trinidad del año del Señor de 1212 con demostraciones de estraña alegría. Dispuestas así todas las cosas, animados los soldados con la esperanza de ricos despojos, y lo que es mas, fortalecidos con muchas gracias é indulgencias, que aumentaban en ellos el deseo de pelear contra los enemigos de Jesucristo; preparado un tren de bagajes, que segun asegura el arzobispo D. Rodrigo, testigo de vista, llegaba á sesenta mil carros, emprendieron la marcha para buscar al enemigo á 21 de junio del referido año. Era el ejército de los mas numerosos que se habian visto jamás, pues en Castilla habian obligado á tomar las armas á todos cuantos tenian edad competente para ello. Por donde quiera que iba, esparcia el espanto y el terror. Los moros que guarnecian á Malagon, retirados á un castillo fuerte, situado en un cerro escarpado, fueron forzados, y pasados todos á cuchillo. Otro tanto pretendieron hacer los extranjeros con Calatrava, ansiosos de derramar la sangre de los bárbaros, y conseguir de este modo su completa destruccion y estermínio. Pero los españoles mas prudentes, y que conocian que con la desesperacion que esta crueldad infundia en los enemigos, se aumentaban prodigiosamente sus fuerzas, contuvieron á los extranjeros, é hicieron que se guardase fe con los rendidos, para con quienes podia mas la generosidad, que la crueldad de los ven-

cedores. Repartiéronse los despojos entre los aragoneses y soldados extranjeros, ya para alimentar así la codicia de los que peleaban mas por deseos de enriquecerse, que por amor á la religion; y ya tambien para que el agradecimiento estrechase mas intimamente á los extranjeros en la amistad de los españoles. Pero Dios, que queria hacer visible que el triunfo que se habia de conseguir era todo obra suya, y no fruto de la industria humana, permitió que fuesen insuficientes estos medios para conservar la armonía. Desconcertáronse las tropas advenedizas, y ya fuese por el rigor de los calores, las muchas enfermedades que esto ocasionaba, ó bien porque hubiesen cumplido con los cuarenta dias que tenian obligacion de servir los cruzados, que se alistaban en las banderas católicas; lo cierto es, que trataron de volverse á sus tierras cuando apenas habia comenzado la campaña. Este triste suceso no acobardó un punto el gran corazon del rey de Castilla, que mas que en sus soldados confiaba en Dios para el buen éxito de su empresa. No siguieron el pernicioso ejemplo Arnaldo, obispo de Narbona, ni Teobaldo Blanzon, natural de Poitiers, antes bien llevaron muy á mal la cobardia é infidelidad de los de su nacion, y determinaron perder antes la vida que abandonar por su parte una causa tan justa.

De la partida de los extranjeros resultaron grandes turbaciones en el ejército, apoderándose de unos el miedo y la tristeza, y de otros la fuerza del mal ejemplo, que causó deseracion en muchas compañías. Pero por otra parte resultaron algunos beneficios, porque noticioso Mahomad de que se habia desmembrado el ejército de los cristianos, se resolvió á darles la batalla, para la cual se hallaba antes indeciso. Además de esto, quedaron despues los españoles sin la obligacion de tener que partir con los extranjeros el premio y gloria de una de las mas grandes acciones que se vieron en el mundo. Sosegados, pues, estos disturbios, siguieron sus marchas, y llegaron á Alarcos, lugar desguarnecido, y que por lo tanto tuvieron los moros que abandonarle. En este sitio se juntó al ejército el rey de Navarra D. Sancho con buena parte de gente, cuya venida deshizo la tristeza que habia causado la fuga de los extranjeros. Animados todos, y deshechos los rumores de cobardia y de temor que antes se habian esparcido, se pusieron en marcha, tomando por fuerza cuantos castillos se les oponian en todas aquellas comarcas. Así llegaron hasta el pié de Sierra-Morena, venciendo indecibles dificultades, ya por la aspereza y estrechez de los caminos, y ya por los obstáculos con que el moro procuraba impedir el paso de los lugares estrechos. Noticioso Mahomad de lo que pasaba en nuestro ejército,

se preparó para hacer una oposicion vigorosa. Hizo todos los aprestos de armas y de vituallas, distribuyéndolas en lugares convenientes. El mismo marchó á Baeza, y desde allí destinó tropas que impidiesen el paso de los montes, cuidando principalmente de atajar el paso de la Losa, paso estrecho, por donde era forzoso que desfilase todo el ejército, y en donde era fácil hacer en el gran matanza, teniendo bien fortificados los puestos. Esta disposicion le prometia al moro una de dos ventajas, ó la destruccion del ejército cristiano, si permanecia sin pasar adelante, debiendo perecer por falta de bastimientos, ó una completa victoria si se determinaba pasar las montañas á todo riesgo. Realmente el peligro de los cristianos en aquella situacion era grande, y capaz de amedrentar á corazones menos poseidos del valor. El rey D. Alonso determinó hacer un consejo de los capitanes mas espermentados; en donde, pesadas todas las circunstancias con madurez y reflexion, se resolviese lo mas conveniente. La mayor parte fueron de parecer, que debian volver atrás para entrar por lugares mas accesibles en la Andalucía; determinaron y juzgaron que seria gran temeridad el intentar pasar adelante por lugares tan estrechos, en que forzosamente habian de ser presa de los enemigos. Los consejos humanos son sumamente débiles cuando no cuentan con las disposiciones de la Providencia, sino que se fian únicamente en las escasas luces de la humana sabiduria. Tanta temeridad es el confiar demasiado en las propias fuerzas á vista de un inminente peligro, como lo es el no contar en él con la asistencia del poder divino, principalmente cuando se obra por una causa justa. El rey D. Alonso, en quien se juntaban á un mismo tiempo un valor verdadero, una ilustrada prudencia y una piedad sólida, combinaba en su mente todos los bienes y los males. Conocia que el volver atrás, aunque fuese con el pretexto de buscar un camino mas cómodo, tenia todas las apariencias de una cobarde fuga. Esta opinion tendria funestas consecuencias, desmayando los cristianos, al paso que los moros se animarian, tomando nuevas fuerzas con nuestras mismas disposiciones. Penetraba muy bien todas las dificultades que oponian los espermentados capitanes; pero para su vencimiento contaba principalmente con un socorro enteramente divino. Su esperanza era firmísima, porque no podia persuadirse á que faltase Dios á los suyos en el tiempo de la necesidad, siempre que sus obras se encaminasen á un fin justificado, é implorasen el auxilio divino con pureza de corazón. Últimamente, dijo á sus capitanes, que unas mismas empresas eran hacederas, ó imposibles, segun los ojos con que se miraban. Los apocados y cobardes hallan dificultades insupera-

bles, en donde no las encuentran los valerosos y esforzados. Determinó, pues, pasar adelante por aquel sitio, antes que espouer la buena opinion de su ejército tan al principio de la empresa.

Tomado este consejo, comenzaron á ejecutarle con valor: D. Diego de Haro envió á su hijo D. Lope con buen número de gente, para que con su valor comenzase á allanar los peligros. Subió el esforzado jóven por aquellas asperezas, y en lo mas alto de ellas se apoderó de un lugar llamado Ferral, arredrando á los moros que le guarnecian. Pero cuando se trató de llegar al puerto de Losa, que era la llave de aquellas montañas, decayó de ánimo, teniendo por temeridad y no por valentia el pelear juntamente con las dificultades que la naturaleza oponia en la estrechez y fragosidad del terreno, y con la multitud de moros que las defendian tan ventajosamente situados: este hecho causó un general trastorno en todo el ejército, principalmente en la muchedumbre de soldados, con quienes puede mas muchas veces una falsa opinion apoyada que la misma verdad. Comenzóse á murmurar entre ellos sobre la imposibilidad de la empresa: creian que habian sido traídos á aquel sitio para ser víctimas de la hambre, ó de la desesperacion: este susurro cundia demasiado, apocaba los ánimos, y esparcia el espíritu de desercion; de tal modo, que muchos soldados trataban de desamparar los reales, desconfiados enteramente de poder salir con la empresa. El rey don Alonso lo veia todo, y se afligia dentro de su corazón; pero firme siempre en Dios la esperanza de que no les faltaria su ayuda en el mayor conflicto. El miedo que vió esparcido por todo el ejército, y que se manifestaba bien en los abatidos semblantes de los soldados, dió nuevo fervor y eficacia á las oraciones que continuamente al cielo dirigia, implorando su ayuda, de la cual dependia el honor y buen éxito de las armas cristianas, y la confusion de la bárbara morisma. El cielo oye siempre las súplicas que nacen de un corazón puro y fervoroso. El fué quien en aquel conflicto les preparó un villano, que tenia gran conocimiento de las mas escondidas trochas y veredas que cruzaban aquellas montañas. Este rústico, que algunos juzgaron por un ángel del cielo, á causa de no haberse visto mas despues que hubo mostrado el camino, se presentó al rey, y le hizo promesa de que por sendas que él sabia, haria que pasase todo el ejército sin que recibiese algun daño, y frustrando todas las disposiciones de los moros. La propuesta de este pastor dividió á los capitanes en diferentes pareceres, opinando unos, que era un arrojado temerario el fiar á un hombre desconocido las vidas de tantos hombres, y la reputacion de las armas cristianas; y juzgando otros, que era igualmente te-

meridad el despreciar en circunstancias tan estrechas un arbitrio que parecia enviado del cielo. Determinaron, pues, que lo examinasen algunos por sus mismos ojos, para lo cual fueron señalados D. Diego de Haro, y García-Romero. Hallóse ser verdad lo que el pastor decia, y aunque fué necesario tomar algunos rodeos, que los moros llegaron á calificar de huida, las sendas que mostró fueron tan ciertas y cómodas, que en breve tiempo todo el ejército venció lo mas alto de las montañas, sin que los moros pudiesen hacerles resistencia.

El éxito feliz con que habian superado los peligros que los tenían acobardados anteriormente, esparció entre los cristianos una universal alegría, y con ella volvió el antiguo valor á fortificar sus corazones. Habia pasadas las montañas un sitio cómodo, en que se estableció el rey D. Alonso con toda su gente, y en un llano capaz para la formacion del ejército formaron los reales á vista del enemigo. Preparóse este para la batalla, repartiendo sus gentes en cuatro escuadrones, y quedándose el rey infiel situado en un alto collado, que lo dominaba todo con la gente de su guardia. Como los cristianos se hallaban demasadamente fatigados con la subida de tan ásperos caminos, no tuvo el rey Alonso por conveniente el entrar luego en batalla; antes bien dió orden, de que en aquel dia y en el siguiente se diese abundante sustento á soldados y caballos, para que descansasen del pasado trabajo, y cobrasen nuevos alientos para entrar con vigor en la pelea. Estas medidas de prudencia militar las calificaba Mahomad de cobardía; tanto, que viendo que en dos dias seguidos no bajaban los cristianos á la batalla, llegó á persuadirse que estaban caidos de ánimo y poseidos del temor. Envió mensajeros á todas las ciudades de su secta, mandándoles decir con palabras soberbias y arrogantes, como tenia cercados á tres reyes cristianos, y cogidos sus ejércitos como si fuera con redes, de modo que vendrian todos á sus manos, quedando muertos ó prisioneros. Esta nueva tan lisonjera se hacia mas alegre con lo que cada uno añadia de suyo; pero al dia tercero que fué un lunes á diez y seis de julio, se disiparon sus contentos, viendo lo contrario de lo que se habian imaginado. En este dia determinaron los cristianos dar la batalla; y sabiendo que toda buena obra debe comenzar por Dios, y que sin su auxilio de nada sirven las numerosas huestes, se confesaron y comulgaron los soldados cristianos, cobrando con tan divino alimento una fortaleza irresistible. Hecho esto, al amanecer ordenaron toda la gente en forma de batalla, encargando el mando de los lugares mas espuestos á los mas experimentados y valerosos capitanes. Los obispos y eclesiásticos, que

iban en gran número, andaban de compañía en compañía esforzando á los soldados y fortaleciéndoles con palabras animadas del espíritu de la religion, concediéndoles al mismo tiempo muchas gracias espirituales é indulgencias. El moro por su parte ordenó su gente en cuatro escuadrones, quedándose él en su tienda real, cercada de cadenas de hierro, y con una guardia numerosa de moros nobles y esforzados. Dispuestas así las cosas, y estando para darse la batalla, el rey Alonso, desde un lugar alto en donde podia ser oido de todos, habló á los suyos, animándoles de esta manera. «Bien sabeis, les decia, ó valerosos españoles, que injustamente y contra todo derecho ocuparon nuestra España esos bárbaros que teneis presentes. Sabeis, que por la fuerza de nuestro brazo han sido ya despojados de la mayor parte de los usurpados dominios. La presente accion va á completar su entera ruina, ó renovar en nosotros las antiguas cadenas. Si venciereis, ya no les queda lugar en toda nuestra España donde puedan vivir seguros: si fuereis vencidos, no les queda obstáculo para volverla toda á sujetar á su dominio. La justicia, la razon y Dios mismo está en nuestro favor. Si confiados en él peleáreis contra esa canalla, que confia únicamente en su multitud y en sus fuerzas, alcanzaréis una gloriosa victoria. Ya no os queda otro partido que la esclavitud ó el triunfo; arremeted, pues, con el valor y fortaleza que manifiesta la alegría de vuestros semblantes.» El moro por su parte animó á los suyos, representándoles la superioridad de su ejército, y la cobardía que habian manifestado los cristianos en los dias anteriores. Que en aquella accion consistia el dominar para siempre á toda España, ó perder del todo las provincias que en ella poseian. Animados los soldados por una y otra parte, se comenzó la batalla con grande valor y esfuerzo. Seguia la matanza, sin que por ninguna parte se declarase la victoria. Tres veces cargaron los cristianos con grande ímpetu y valor sobre los enemigos, sin que por esto pudiesen desconcertar sus escuadrones; antes bien padecieron algun desorden los cristianos, y como que daban muestras de quererse poner en huida. Viendo esto el rey D. Alonso, dijo al arzobispo D. Rodrigo, que estaba á su lado: *Ea, arzobispo, muramos aquí todos;* y al decir estas palabras, queria meterse en lo mas peligroso de la pelea, para animar con su presencia á los soldados, ó conseguir con ellos una muerte honrosa. Pero el arzobispo, haciéndole presente que en la conservacion de su vida consistia la victoria, le detuvo diciendo: *De ninguna manera, ó rey, morimos, sino que antes bien venceremos felizmente á nuestros enemigos.* En esto el último escuadron se adelantó y cargó so-

bre los moros con tanta furia, que infundió nuevo esfuerzo y valor en las tropas cristianas, restituyéndolas á su primer orden. Ya habian peleado la mayor parte del dia, sin que los cristianos desmayasen un punto de su primer esfuerzo. Los moros, por el contrario, cansados y no pudiendo sufrir el estrago que hacian en ellos las huestes cristianas, comenzaron á flaquear, desordenarse, y en breve tiempo, lo que comenzó desorden, se convirtió en precipitada fuga, dejando en manos de los cristianos una gloriosa victoria.

Algunos refieren que al principio del combate apareció en el aire una resplandeciente cruz de varios colores, que al paso que esforzaba á los cristianos, llenaba con su vista de terror á los infieles; pero de este acaecimiento no hicieron mencion ni el arzobispo D. Rodrigo, que se halló presente, ni el mismo rey en la carta que escribió al papa Inocencio, dándole cuenta de lo que habia sucedido. Lo que hay de verdad, y es caso maravilloso, fué, que penetrando diferentes veces por los escuadrones de los enemigos el canónigo de Toledo, que llevaba la cruz arzobispal, jamás pudieron herirlo, como lo intentaron, disparándole muchas saetas y lanzas, antes bien se vió que los dardos quedaban clavados en el asta de la cruz sin que ninguno tocase al canónigo; todo lo cual animó mucho á los cristianos, y les certificó del visible patrocinio con que el cielo los ayudaba. Esto se vió mas claramente, en que habiendo perecido de los moros cerca de doscientos mil, el número de cristianos muertos no pasó de veinte y cinco. El rey moro se salvó huyendo, y los cristianos se apoderaron de todas sus tiendas, haciendo ricas presas; y tomando innumerables despojos, los cuales se repartieron de modo que todos quedaron gozosos y contentos. Esta victoria, así como fué llorada por los enemigos del nombre cristiano, así tambien fué celebrada con grandes fiestas y regocijos por toda la cristiandad. En todas partes se creía que no podia llegar á mas la gloria del nombre de Jesucristo cuya santísima Cruz habia penetrado y desordenado los escuadrones enemigos, dando á los cristianos un triunfo milagroso, de que no habia ejemplar en las historias. Por esta causa se instituyó en España, por mandado del papa Gregorio XIII, esta fiesta del Triunfo de la santa Cruz, para dar gracias á Dios de que por su virtud quedasen postrados aquellos mismos que pretendian con soberbia desterrarla del mundo, y poner en cadenas á todos sus adoradores.

SAN SISENANDO, MÁRTIR.

EL heroico valor con que se presentó al martirio S. Sisenando dió nuevo aliento á los cristianos que vivian en Córdoba bajo el tirano juez de los agarenos, para sostener gloriosísimos combates contra los enemigos de la fe, en aquella tan sangrienta persecucion que movió Abderraman contra la Iglesia al comedio del siglo IX. S. Eulogio, historiador de las actas de este ilustre jóven, nos dice, que fué natural de Beja, pueblo numeroso en la antigüedad, donde parece que estuvo la famosa ciudad llamada Pax-Julia ó Colonia Pacense, cuyas ruinas demuestran la grandeza que tuvo en tiempo de los romanos, bien que destruida despues por los moros cuando entraron en España, quedó reducida á una corta poblacion, perteneciente hoy al reino de Portugal. Pasó Sisenando á Córdoba con el noble objeto de instruirse en las ciencias, que se enseñaban por entonces en la iglesia de S. Ascisclo á los jóvenes cristianos por los mas sabios maestros, á pesar del dominio que tenian los bárbaros africanos sobre aquella célebre ciudad. Hizo en las letras y en las virtudes conocidos progresos; pero como sus deseos no eran otros que dedicarse al servicio del Señor, abrazó el estado eclesiástico, y ascendió por sus méritos personales al orden del diaconado; en cuyo sagrado ministerio se distinguió desde luego por la arreglada circunspeccion de su conducta, por su singular piedad y por su grande sabiduría.

Habia tenido Sisenando una amistad estrechísima con los insignes mártires Pedro el de Ecija y Walabonso el de Peñaflores, monges uno y otro del monasterio de Cuteclara, los cuales padecieron en Córdoba en el dia 7 de junio; y queriendo estos acreditar despues de sus gloriosos triunfos el grande amor que conservaban con Sisenando, se le aparecieron entre brillantes resplandores, convidándole con la eterna felicidad que gozaban cuando siguiese sus acertados pasos. Aceptó el ilustre jóven la oferta de sus amigos, y sin retardarse un punto hizo una confesion pública de su fe ante el juez moro, declamando á un mismo tiempo contra las ridiculas patrañas del Alcoran de Mahoma. Estimó el bárbaro la generosa resolucion del valeroso manco por uno de los mas enormes atentados que podian cometer por entonces los fieles; y queriendo castigar su osadia, mandó ponerlo en una dura prision hasta que deliberase el castigo de que era acreedor.

Entró Sisenando en la cárcel lleno de extraordinaria alegría,